

GRAN SUPERFICCIÓN

ISAAC ASIMOV

LOS PREMIOS HUGO

1955-1961

WALTER M. MILLER, JR.
MURRAY LEINSTER
DANIEL KEYES
POUL ANDERSON
AVRAM DAVIDSON
ARTHUR C. CLARKE
ERIC FRANK RUSSELL
CLIFFORD D. SIMAK
ROBERT BLOCH



Los premios Hugo 1955-1961
Isaac Asimov & Walter M. Miller Jr. & Eric Frank Russell & Murray Leinster & Arthur C. Clarke & Avram Davidson & Clifford D. Simak & Robert Bloch & Daniel Keyes & Poul Anderson

Primer volumen de una biblioteca indispensable para los amantes del género o para todo aquel que quiera trabar conocimiento del mismo: los relatos del premio más importante que se concede por votación entre los aficionados. Aquí se reúnen los relatos ganadores, entre los años 1955 y 1961, presentados individualmente por Isaac Asimov.

Introducción - Isaac Asimov

El actor [Relato] 1955 de Walter M. Miller Jr.

Artefacto [Relato Corto] 1955 de Eric Frank Russell

Equipo de exploración [Relato] 1956 de Murray Leinster

La estrella [Relato Corto] 1956 de Arthur C. Clarke

Todos los mares llenos de ostras [Relato] 1958 de Avram Davidson

El gran patio delantero [Novela Corta] 1959 de Clifford D. Simak

Tren al infierno [Relato Corto] 1959 de Robert Bloch

Flores para Algernon [Relato] 1960 de Daniel Keyes

El viaje más largo [Novela Corta] 1961 de Poul Anderson

Epílogo [Los premios Hugo 1955-1961] 1964 de Isaac Asimov

Los
premios
Hugo
1955-
1961

Isaac Asimov & Walter M. Miller Jr. & Eric Frank Russell &
Murray Leinster & Arthur C. Clarke & Avram Davidson &
Clifford D. Simak & Robert Bloch & Daniel Keyes & Poul
Anderson

A todos los miembros legítimos de
las Convenciones y, en especial, a
Pittsburgh.

Por ayudarme en la preparación de este libro,
agradezco sinceramente los amables servicios
que me prestaron Robert P. Mills y Sam Moskowitz.

Introducción

Por favor, permitan ustedes que presente este libro a mi manera. Con esto quiero decir que empezaré presentándome a mí mismo.

Yo soy Isaac Asimov y soy un veterano.

No se trata, entiéndanlo bien, de que yo sea realmente viejo (ja, ja). Todo lo contrario. De hecho soy bastante joven, con sólo eeeeeenta y esssss años, y aún parezco más joven.

Digo que soy un veterano sólo porque empecé a leer ciencia ficción en 1929. Es decir, sólo tres años después de que Hugo Gernsback inaugurara lo que todos los Auténticos Creyentes conocen como la Era de la Ciencia Ficción.

Gernsback era un luxemburgués que llegó a los Estados Unidos en 1904. Fascinado por el nuevo campo de la electrónica, se aventuró en el campo editorial y sacó una revista dedicada a la nueva ciencia. Incapaz de seguir el ritmo lento de los acontecimientos, probó a escribir ciencia ficción con el fin de prever el desarrollo futuro de la electrónica y de la ciencia en general.

Sin embargo, su propia creación no le bastaba, así que en 1926 inicia la publicación de una revista titulada *Amazing Stories*, la primera en el mundo dedicada, exclusivamente, a los relatos de ciencia ficción.

En los años que siguieron, un grupo de notables jovencitos se juntaron alrededor de la revista, y de algunas otras similares (*Wonder Stories*, *Astounding Stories*) que surgieron tras el éxito de *Amazing*. Este grupo lo formaban los primeros fans de la ciencia ficción.

Los premios Hugo 1955-1961
Isaac Asimov & Walter M. Miller Jr. & Eric Frank Russell & Murray Leinster & Arthur C. Clarke & Atram Davidson & Clifford D. Simak & Robert Bloch & Daniel Keyes & Poul Anderson

El típico fan de ciencia ficción era un adolescente, o un chico más joven aún, que veneraba la ciencia casi tanto como sus padres veneraban el béisbol. Soñaba con naves cohete y con nuevas maravillas electrónicas igual que los otros soñaban con grandes jugadas de béisbol. Y mientras sus compañeros disparaban vigorosamente a los ladrones de ganado, él desintegraba a los pérfidos monstruos bitentaculares de Ganímedes.

En resumen, entre ellos estaba yo.

Al comienzo, nosotros (yo y ellos) teníamos muy poca compañía en nuestros sueños especializados. Ya pueden imaginarse las risas que provocábamos cuando la gente sensata y práctica descubría que estábamos leyendo demenciales historias acerca de bombas atómicas, televisión, proyectiles dirigidos y cohetes a la Luna. Todo esto, eran evidentes chifladuras que nunca podrían ocurrir, como es natural.

Así que acallábamos nuestras chifladuras y vivíamos cada mes a la espera de los días en que un nuevo ejemplar de nuestras revistas debía aparecer a la venta. Aquellos días rondábamos los quioscos como almas en pena, y cuando por fin la llamativa cubierta de un nuevo ejemplar surgía ante nosotros, difundiendo por el aire una descarga eléctrica, entregábamos nuestro cuarto de dólar y la cogíamos con tembloroso placer. (Es muy fácil duplicar esta sensación cuando uno ya es adulto. Cualquiera al que se le haya muerto un tío rico dejándole un millón de dólares libres de impuestos conocerá perfectamente esta sensación).

Nuestra felicidad llegaba a cotas más altas cuando efectuábamos el asombroso descubrimiento (como solía ocurrir) de que en alguna parte existía otra persona que se interesaba por la ciencia ficción. Fíjense bien: uno siempre podía saber que en alguna parte, en otras ciudades, había personas así. Después de todo, los fans escribían sin fatiga a las diversas revistas, comentando los relatos, criticando el contenido científico, exigiendo publicaciones semanales, mal-

Los premios Hugo 1955-1961
Isaac Asimov & Walter M. Miller Jr. & Eric Frank Russell & Murray Leinster & Arthur C. Clarke & Avram Davidson & Clifford D. Simak & Robert Bloch & Daniel Keyes & Poul Anderson

diciendo los puntos de vista de los demás..., y la revista imprimía todas las cartas en un tipo microscópico, con joviales comentarios del director.

Pero encontrar otro fan en nuestra propia ciudad, ¡o incluso en nuestro barrio!

Aquello era amor a primera vista. Era la estrecha unión de un interés común no compartido por los filisteos. El siguiente paso era una decidida búsqueda para hallar otros cofrades, y la fundación de un club. En las reuniones semanales se trataban temas del día: ¿Adoptaría *Astounding* los bordes guillotizados? ¿Sería el último serial de E. E. Smith igual que su inmortal *Skylark of Space*?

Los clubs crecieron y se hicieron más activos. Se crearon ligas interciudadanas de esos clubs. Y así, en 1939, se alcanzó el inevitable clímax: la decisión de realizar una Convención Mundial de la Ciencia Ficción.

Se celebró en Nueva York. Doscientos ansiosos adolescentes acudieron a ella, algunos incluso de California. Los directores de revistas que asistieron se asombraron ante aquel ardor y entusiasmo. El huésped de honor fue Frank R. Paul, el ilustrador que había convertido las portadas de las revistas de Gernsback en brillantes sueños de extraña maquinaria y horribles monstruos extraterrestres.

Yo también estaba allí, todo un fan veterano y ahora escritor, con tres relatos publicados en mi haber. Esto hacía de mí una celebridad, lo cual me encantaba. Firmé autógrafos con altivez, suavizada por un leve toque de amable condescendencia.

El éxito de aquella gran reunión fue enorme. Asistimos a la proyección de *Metrópolis*, la antigua película alemana de ciencia ficción. Los fans estrecharon la mano de los directores de revistas y escritores que, para su asombro, no tenían tres metros de alto, sino bastante menos. Escuchamos conferencias sobre ciencia ficción, y podíamos hablar —y hablamos— sobre ciencia ficción y sólo de ciencia ficción con cualquiera que se nos pusiera delante. Por un corto y dora-

Los premios Hugo 1955-1961
Isaac Asimov & Walter M. Miller Jr. & Eric Frank Russell & Murray Leinster & Arthur C. Clarke & Atram Davidson & Clifford D. Simak & Robert Bloch & Daniel Keyes & Poul Anderson

do día vivimos en un pequeño mundo en el que la ciencia ficción era lo único que tenía realmente interés.

Supongo que el cielo debe de ser una pálida imitación de aquel día.

Lo único que había que hacer era repetirlo: en 1940, en Chicago, se celebró la 2ª Convención; en 1941, en Denver, tuvo lugar la 3ª.

Entonces hubo una pausa llamada segunda guerra mundial. Los solitarios adolescentes de los años treinta que al fin se habían encontrado estaban ahora en el ejército, y los pocos que por una u otra razón se habían quedado en casa iniciaron campañas para enviarles revistas de ciencia ficción. (Las fotos de chicas exuberantes y las cartas de casa no están mal en cierto modo, pero nuestros chicos en las trincheras necesitaban sus propias revistas para mantener la moral).

En 1946, reinstaurada la paz y con la bomba atómica derramando un horrible resplandor de racionalidad sobre nuestra locura, se reiniciaron las Convenciones, que no han dejado de celebrarse desde entonces.

La 4ª Convención se celebró en Los Ángeles, y otras han ido desde tan lejos como Toronto hacia el norte (la 6ª, en 1948), o como Seattle al este (la 9ª, en 1951). La 15ª Convención cruzó el océano y se celebró en Londres. En 1952, al menos un millar de aficionados y profesionales asistieron a la 10ª, que se celebró en Chicago, como la 2ª.

Cada Convención ha sido notable y digna de estimación, pero la de 1955 resulta particularmente memorable por dos motivos.

Se celebró en Cleveland y fue la 13ª Convención. Los fans de la zona de Cleveland se encontraron con la tarea de tener que seleccionar un huésped de honor al que no le importara la mala suerte que suele imputarse al número trece.

Se necesitaba a alguien que fuera particularmente cuerdo y racional; algún caballero conocido por su valor y

Los Isaac Asimov & Walter M. Miller Jr. & Eric Frank Russell & premios Murray Leinster & Arthur C. Clarke & Avram Davidson & Hugo Clifford D. Simak & Robert Bloch & Daniel Keyes & Poul 1955- Anderson 1961

osadía. Naturalmente también tenía que ser listo, además de orador brillante, y sobre todo tenía que ser terriblemente apuesto.

Todo esto reducía drásticamente el campo de posibilidades. De hecho, tan sólo un candidato cumplía con todos los requisitos, así que acepté con mi habitual gracia y encanto.

Conmigo como Huésped de Honor, la 13ª Convención quedaba predestinada obviamente a la inmortalidad, aunque los fans organizadores no se durmieron sobre los laureles.

Hasta la 13ª Convención, los fans habían otorgado sus votos ocasionalmente a las novelas, novelas cortas, cuentos, dibujantes, revistas de aficionados, etc. Los resultados se anunciaban entre grandes muestras de alegría. En la 11ª Convención (Filadelfia, 1953) se entregaron pequeñas maquetas de una nave espacial a los vencedores; esto, sin embargo, no se repitió, y en la 12ª Convención (San Francisco, 1954) no se otorgaron premios de este tipo.

Pues bien, la 13ª Convención decidió convertir el premio de la nave espacial en permanente. El señor Ben Jason de Cleveland diseñó la nueva estatuilla, clásica en su sencillez, que al instante —extraoficialmente— fue bautizada como el Hugo, en honor del inmortal Gernsback. Para 1958, el nombre ya se había convertido en oficial.

Dejemos que los filisteos tengan sus Oscar y sus Emmy. Nosotros tenemos los Hugo.

Los Hugo se han otorgado en cada Convención desde aquella que marcó una época y que fue la 13ª. Se han entregado reverentemente en siete ocasiones.

Contemplé cómo se entregaban los Hugo de la 13ª Convención sonriendo suavemente desde mi sitio en el centro de la mesa presidencial. Al año siguiente, en la 14ª Convención (Nueva York, 1956), vi cómo se entregaban otros, de nuevo desde un asiento en la mesa presidencial:

Los Isaac Asimov & Walter M. Miller Jr. & Eric Frank Russell &
premios Murray Leinster & Arthur C. Clarke & Atram Davidson &
Hugo Clifford D. Simak & Robert Bloch & Daniel Keyes & Poul
1955- Anderson
1961

un lugar que me había ganado al ser uno de los conferen-
ciantes del acto.

Tanto en la 17ª Convención (Detroit, 1959), como en la
18ª (Pittsburgh, 1960), fui el maestro de ceremonias, y en-
tregué los Hugo con mis propias manos.

Pero cuando se celebró la 19ª Convención (Seattle,
1961), una cierta sospecha irritante se había insinuado en
las profundidades de mi corazón. Pensé concienzudamente
en ello y comprobé las estadísticas. Finalmente creció y se
hizo más firme en mí la convicción de que una situación pe-
culiar, y poco normal, se estaba produciendo en el mundo
de la ciencia ficción.

Cuál era esta situación es algo que puedo decir con
sencillez. A pesar de que se habían entregado carretadas
de Hugos a toda clase de personajillos insignificantes, nin-
guno de ellos —ni uno— se me había entregado a mí.

Durante meses estuve meditando las posibilidades de
una venganza, como habría hecho cualquier muchacho nor-
teamericano con sangre en las venas. Descarté complicadas
tramas en las que se barajaban cartas envenenadas, mister-
iosas e indetectables toxinas sudamericanas, trampas con
bombas de plástico, y estaba agotando ya mi imaginación,
cuando se presentó la oportunidad perfecta.

Se hizo la sugerencia de que alguien podría recopilar las
novelas cortas y cuentos ganadores del Hugo para formar
con todos ellos una antología. Al menos un relato, a veces
dos, han recibido el premio en cada ocasión en que se en-
tregaron los Hugo, excepto en la 11ª (Filadelfia, 1953) y en
la 15ª (Londres, 1957). En total, nueve relatos distintos, ven-
cedores en seis ocasiones distintas. Así, los lectores se en-
contrarían con una selección excepcional, realizada por el
procedimiento de los votos.

La persona capaz de realizar semejante libro debería ser,
naturalmente, alguien que no hubiese recibido el Hugo, pa-
ra que pudiera efectuar su labor con la adecuada imparcia-
lidad. Al mismo tiempo, tendría que ser alguien notable,

Los premios Hugo 1955-1961 Isaac Asimov & Walter M. Miller Jr. & Eric Frank Russell & Murray Leinster & Arthur C. Clarke & Avram Davidson & Clifford D. Simak & Robert Bloch & Daniel Keyes & Poul Anderson

cuerto y racional, valiente y osado, listo y brillante y, sobre todo, terriblemente apuesto.

De todo esto se informó al señor Timothy Seldes, de la editorial Doubleday, quien estuvo de acuerdo con todos los requisitos.

De nuevo, las rígidas exigencias para el puesto parecían limitar las posibilidades a un único individuo, y yo acepté con esa encantadora modestia que tan bien me sienta.

Así que aquí tengo mi venganza. Si todos esos niños sabios, que aquí se incluyen como autores, no se hubieran mostrado tan ansiosos por atrapar los Hugo, sino que modestamente se hubieran reservado, como yo hice, podrían haber realizado esta antología.

Espero que hayan aprendido la lección.

De cualquier forma, aquí estoy, y aquí están los ganadores del Hugo.

ISAAC ASIMOV
West Newton, Massachusetts

Los
premios
Hugo
1955-
1961

Isaac Asimov & Walter M. Miller Jr. & Eric Frank Russell &
Murray Leinster & Arthur C. Clarke & Avram Davidson &
Clifford D. Simak & Robert Bloch & Daniel Keyes & Poul
Anderson

1955

13ª Convención - Cleveland

El actor

Walter M. Miller, Jr.

Debía haberme encontrado con Walter Miller en la 13ª Convención (Cleveland, 1955), cuando su novela corta El actor proporcionó a su autor un Hugo, pero no fue así. Cuando su nombre fue citado por Anthony Boucher (el maestro de ceremonias en esa ocasión), una representante suya se acercó a recoger el premio. Mi desilusión fue mitigada un poco por el hecho de que su representante era la encantadora Judith Merrill, una de las mejores antologistas de ciencia ficción.

Las cosas fueron distintas en la 14ª Convención (Nueva York, 1956). Walter no recibió ningún Hugo en aquella ocasión, pero estaba allí, y Robert P. Mills, él y yo comimos juntos. Mills era el director de la nueva revista Venture Science Fiction (un excelente intento, que debía haber tenido más suerte de la que tuvo), y Walter y yo intentábamos escribir historias para ella; así que había mucho que discutir.

Con este propósito Mills nos llevó a un maravilloso restaurante francés, pues en tales ocasiones no reparaba en gastos, ya que nunca alargaba un billete. Desplegué mi habitual encanto, mi inteligencia y genialidad e interrumpí mi

Los premios Hugo 1955-1961
Isaac Asimov & Walter M. Miller Jr. & Eric Frank Russell & Murray Leinster & Arthur C. Clarke & Avram Davidson & Clifford D. Simak & Robert Bloch & Daniel Keyes & Poul Anderson

discurso tan sólo el tiempo necesario para pedir la comida, lo que, naturalmente, hice en un francés con el más elegante acento parisino. Esto, al fin y al cabo, es lo que puede esperarse de alguien que, como yo, habla en su vida cotidiana ese agradable dialecto que sólo puede describirse como del gran Brooklyn.

Ahora imaginen que han pasado cinco años, cinco años durante los cuales Walt y yo no nos hemos vuelto a ver, y ha llegado el momento de escribir a Walt para pedirle permiso para utilizar su relato El Actor.

Al hacerlo, le recordé delicadamente quién era yo. Naturalmente, estaba convencido de que no podía haberme olvidado. Mi única incertidumbre era saber cuál de mis muchos comentarios estimulantes citaría amablemente como evidencia de que aquella comida juntos era una ocasión que recordaría para siempre.

Al responder (dándome el permiso), me dijo: «Naturalmente que me acuerdo de usted. Pidió asadura en un restaurante francés».

A fin de cuentas, ¿qué puede uno esperar del ganador de un Hugo? Sólo para demostrarles la avidez de esa clase de escritores les diré que Walter repitió en la 19ª Convención (Seattle, 1961), sólo que peor: se llevó el premio mayor ganando un Hugo con su novela Un cántico para Leibowitz.

Afortunadamente, no podemos incluir novelas en esta antología. No querría animar a Walter en este delicado asunto de monopolizar los Hugo.

En el Universal, en la calle Quinta, se representaba *Judas, Judas*, y el reparto era totalmente humano. Ryan Thorner había ahorrado durante varias semanas, y ahora podía permitirse pagar una entrada de tarde. Había sido una carrera contra reloj entre su hucha y los gastos de varios mecenazas que mantenían el espectáculo con vida. Pero la hu-

Los premios Hugo 1955-1961
Isaac Asimov & Walter M. Miller Jr. & Eric Frank Russell & Murray Leinster & Arthur C. Clarke & Atram Davidson & Clifford D. Simak & Robert Bloch & Daniel Keyes & Poul Anderson

cha había ganado. Podría ver el espectáculo antes de que las carteras se vaciaran y el espectáculo se retirara, como ocurría con ese tipo de espectáculos tras algunas semanas de agonía. Un aura de anticipación lo envolvía. Tras contemplar cada día la deleznable imitación de arte dramático que tenía lugar en el Nuevo Teatro Imperial, donde trabajaba como conserje, la posibilidad de ver otra vez auténtico teatro suponía una bocanada de aire fresco.

El miércoles por la mañana acudió al trabajo una hora antes y realizó su tarea habitual a toda velocidad. Terminó antes de la una, se duchó, se puso su ropa de calle y subió lleno de nerviosismo a pedirle a Imperio D'Uccia fiesta para el resto del día.

D'Uccia se hallaba sentado tras un desvencijado escritorio, de espaldas a una pared tapizada de fotografías de las semidesnudas estrellas de otros tiempos. Escuchó la petición del conserje con una suave sonrisa casi oriental, de aparente simpatía, y luego se irguió en toda su estatura de un metro sesenta, apoyándose con sus gruesas manos en el escritorio mientras fijaba en Thornier unos ojos como cuentas de cristal.

—¿Fiesta? ¿De modo que quiere tener libre el resto del día? Hum...

Meneó la cabeza como asombrado por una petición tan increíble.

El conserje se movió con nerviosismo.

—Sí, señor. Ya he terminado, y Jigger vendrá a sustituirme por si necesitase usted alguna cosa. —Hizo una pausa. D'Uccia se estudiaba las uñas con gran interés—. No le he pedido un día libre desde hace dos años, señor D'Uccia —prosiguió—, y supuse que me lo concedería después de todas las horas extra que he...

—Jigger —le interrumpió D'Uccia, con un gruñido—. ¿Quién es ese tal Jigger?

—Trabaja en la Paramount. Está cerrada por obras, y se ha ofrecido para...

Los premios Hugo 1955-1961
Isaac Asimov & Walter M. Miller Jr. & Eric Frank Russell & Murray Leinster & Arthur C. Clarke & Avram Davidson & Clifford D. Simak & Robert Bloch & Daniel Keyes & Poul Anderson

El gerente del teatro gruñó sonoramente y agitó las manos en el aire.

—Oye, yo no le pago a ningún Jigger, ¿sabes?, te pago a ti. Has barrido el suelo, has recogido lo que había por el medio y crees que has terminado, ¿no? Así que quieres el día libre. Eso es lo que va mal en el mundo, precisamente, demasiado tiempo libre. Que trabajen las máquinas. Eso supone más tiempo para crear problemas.

El gerente del teatro salió de detrás de su escritorio y se dirigió a la puerta. Asomó la cabeza y miró a uno y otro lado del corredor. Luego dio la vuelta y apuntó con un corto y grueso dedo a la majestuosa nariz de su empleado.

—¿Cuándo fue la última vez que enceraste el suelo, eh? A Thornier empezó a temblarle la mandíbula.

—Pero s...

—No intentes enredarme. Mira ese pasillo. Está hecho un asco. ¡Mira! ¡Quiero que mires! —Asió a Thornier del brazo y lo llevó hasta la puerta, donde señaló excitado el viejo y desgastado suelo de roble—. ¡Está ajado y sin brillo! ¿Lo ves? ¿Cuándo vas a encerarlo?

Un estremecimiento recorrió al enjuto viejo. Suspiró con resignación y se volvió para mirar a D'Uccia con sus ojos grises, que reflejaban cansancio.

—¿Entonces qué? ¿Me deja libre la tarde o no? —preguntó sin esperanza, pues sabía cuál iba a ser la respuesta.

Sin embargo, a D'Uccia no le bastaba con una simple negativa. Se puso a pasear por la habitación. Se le veía muy molesto. Habló de la libertad de empresa y de las respetadas tradiciones del teatro. Aludió con elocuencia a las grandes virtudes de la industriosisidad y la dedicación al trabajo. Saltaba de un lado a otro como un pequinés que ladrara furiosamente... a un espantapájaros. Thornier apretó la boca y su cuello se puso rojo.

—¿Puedo irme ya? —preguntó.

Pero D'Uccia no cedía.